

---

VÍCTOR ALBA

## La Mistral vista por su amiga y secretaria

**P**ALMA Guillén de Nicolau —amiga, secretaria y ahora heredera de Gabriela Mistral—, me habló hace un tiempo de la poetisa. Las notas que entonces tomé —respetando incluso su tiempo presente—, tienen hoy una triste actualidad. Helas aquí. Habla Palma Guillén:

Si hay un rasgo que es característico de Gabriela Mistral, es su hondo respeto humano. Y esto se manifiesta de muchas maneras. Yo, que he sido secretaria suya largos años, he visto, por ejemplo, cómo todas las cartas las contesta, cómo las escribe cuidadosamente en lápiz, en su eterno cuaderno, para que luego las copien y envíen. Es como si considerara que todo el mundo, sin excepción, tiene derecho a su tiempo.

A los catorce años, Gabriela, hija de maestros, se fué a un pueblito, de maestra rural. Cuando regresaba de dar clases, se ponía a estudiar y de ahí viene que haya sido, siempre, una autodidacta. Gabriela no sabe aprender, no se le puede enseñar nada. Todo debe adquirirlo por absorción, por ternura con las cosas y las gentes.

Después fué directora de Liceo y comenzó a escribir versos que le valieron el Premio Nacional de Literatura de Chile por sus "*Sonetos de la muerte*". Cuando Vasconcelos era secretario de Educación Pública, la invitó a venir a México, para ayudar al establecimiento entre nosotros, de la enseñanza rural. Entonces la conocí, al encargarme de ser su piloto en nuestro país.

\* \* \*

Gabriela sentía y siente pasión por las cosas del campo. Su cepa campesina da significación y carácter a su obra. El valle de Elqui, una hendedura en los An-

des, bordeando la frontera argentina, con un arroyo al fondo, es su gran nostalgia. No puede vivir allí a causa de la altura. Para mí que su incansable viajar —San Cristóbal, eterno viandante, debería ser su patrón—, no es otra cosa que la búsqueda, en todos los rincones del mundo, de otro valle de Elqui. Cuántas veces se lo he oído describir, con sus altas montañas, los viñedos en las laderas bajas, y cómo recuerda el sabor de las frutas de su valle; los higos, las peras, los albaricoques, el damasco. "La mejor fruta de mi vida", dice ella. En lo alto, pura peña amoratada, amarillenta, y el pueblito la Unión... En 1926 estuve en ese valle. Es tan estrecho, que a las tres de la tarde, la sombra de una vertiente oscurece la del otro lado del cañaveral. Allí encontré la gente, la comida, los colores y los olores que Gabriela me había descrito... y los 2.000 metros que para su corazón equivalen al destierro.

Cuando, en México, hace cinco años, se instaló en un rancho de Jalapa, a donde la invitaron, tenía su rincón lleno de tiestos y habría comprado a gusto, una granjita... Pero, como siempre, al cabo de dos o tres años, siente impaciencia por cambiar de sitio, por salir al mundo, a buscar su valle de Elqui... y se nos fué a Italia, a Nápoles, a Sorrento, a Rapallo.

\* \* \*

En 1936 el Senado de Chile la nombró cónsul vitalicio. Dondequiera que vaya, pues, Gabriela es cónsul de su país. Pero no se ocupa de cuestiones burocráticas. Su mera presencia es ya una propaganda para Chile y nuestra América. Antes, había sido cónsul honorario, sin sueldo. Porque Gabriela siempre vivió de su trabajo.

Al principio de conocerla —Vasconcelos me había dicho: “Enséñele lo bueno y lo malo de México, sin doctrinarismo”—; me costó trabajo conocer a Gabriela, no a pesar de ser ella muy sencilla, sino tal vez a causa de eso mismo. Muy inteligente, más de lo que se cree, profundamente religiosa de espíritu, sin mochería alguna. Desde muchacha, leyó cosas orientales, se interesó luego por la Christian Science, y, a su modo, practica la oración yoga, de contemplación y concentración. “Yo no sé rezar con palabras”, me explicó una vez.

Cuando Gabriela fué a despedirse del general Obregón, éste le dijo: “Me quedan seis meses en el gobierno, ¿por qué no se queda usted? ¿Por qué no se va a Europa?” Y, así, el primer viaje de Gabriela al Viejo Mundo lo sufragó el Gobierno mexicano.

\* \* \*

Gabriela es muy superior a lo que escribe. Nunca se ha entregado entera a lo que escribe o dice. No le interesan muchas cosas, pero las pocas que le apasionan, han traspasado su vida entera: los problemas religioso y social, son su obsesión, sobre todo la cuestión de la pobreza, que ella vivió desde niña y que nunca la ha abandonado en su peregrinar constante; le indignan los bosques quemados, la tierra baldía, y desea que el mundo entero fuese un jardín. Por eso —esencialmente por eso—, le interesa la política y está al corriente de cuánto pasa en el planeta.

En Europa, la prosa de Gabriela mejoró, al calor de sus amistades francesas: Valéry, Miomandre, Duhamel. Había empezado escribiendo crónicas en *El Universal*, y siguió enviando artículos a periódicos de este continente. De lo que le pagaban por ellos, vivía en los pueblitos europeos. Ya no reincidió con su prosa a lo Nervo o lo Tagore, que había ensayado en Chile.

Recuerdo que, una vez, encontró tres artículos suyos sobre Santa Teresa de Jesús, escritos mucho antes, y los releyó. “Pues mira, Palma, que está bien escrito”, comentó.

Después que Gabriela había regresado a Chile, y estando yo en México, recibí un cable. Me decía que le habían ofreci-

do un puesto en el Instituto de Cooperación Intelectual —una institución Carnegie—, y que lo aceptaba si me iba a trabajar con ella. Allá me fuí.

Pasamos largas temporadas en pueblitos de Francia, y luego de Italia, cuando Gabriela empezó a trabajar en el Instituto Internacional de Cine, de Roma. Detesta vivir en las ciudades —el campo, siempre el campo—. Aix-en-Provence, Yeres, Liguro, Lavagna... Allí se sentía, por un tiempo, en su casa, hasta que la fiebre de volver a caminar, la dominaba de nuevo.

Al subir al poder, el dictador Ibáñez, en Chile, Gabriela escribió contra él, y el general le quitó la jubilación de que gozaba. Poco después, tuvo ocasión de ir a dar clases al Vassar College, de la Columbia University. En esta época, Federico de Onís preparó la primera edición de los poemas de Gabriela, que salió con el título de *Desolación*.

\* \* \*

Y Europa de nuevo, España, Lisboa poco antes de estallar la guerra civil. En Brasil, durante la guerra mundial. Allí, en Petrópolis, la sorprendió la tragedia, la muerte de Juanito, su único pariente, al cual quería como si fuera su hijo. Un muchacho de 17 años, que había participado en las disputas de escuelas entre fascistas y antifascistas, que acompañaba a Gabriela a todas partes.

Antes, en Lisboa, le habíamos quitado a ella de las manos, casi arrebatándose los, los manuscritos de *Tala*, su segundo libro de poemas. Yo, que estaba entonces en la delegación mexicana en la Sociedad de las Naciones, en Ginebra, seleccioné, y Victoria Ocampo, en Buenos Aires, editó el libro.

Para que se vea hasta qué punto Gabriela era apasionada y firme en sus convicciones, he aquí un hecho: lo que la decidió a dejar Lisboa y venir a América, fué que Juanito, un chamaco todavía, se mezclaba con sus amigos de la escuela, en las “Mocidades”, la organización fascista de juveniles, y Gabriela quiso sacarlo de ese ambiente... Muchísimos padres no lo habrían hecho, de haberles gustado, como le agradaba a ella, la vida lisboeta.

\* \* \*

Termina la guerra. La escritora Adelaida Velasco, del Ecuador, propone a Gabriela para el Premio Nobel de Literatura. La comisión encargada de designar al beneficiario del premio, abre la encuesta habitual, para ver si el nombre de la persona propuesta tiene eco, si ejerce influencia real. Y el resultado de la encuesta fué . . . , pues el premio.

Gabriela estaba en su casa, escuchando el radio, cuando anuncia que la Academia Sueca le acaba de otorgar el premio. "¿Para qué lo quiero yo ahora?" murmuró, pensando en Juanito.

Enferma de diabetes, se fué a Estocolmo, a recibir el premio. Muy abatida, refugióse en California, en Santa Bárbara, y allí, con el dinero del Nobel, se compró una casita. Pensó por un tiempo, echar el ancla. ¡Imposible!

\* \* \*

Pero el premio no cambió en nada a Gabriela. ¿Cómo iba a cambiarla si siempre ha sido igual a sí misma? Esta firmeza la llevó, una vez . . . no sé si debería contarle, a una ruptura radical con un amigo muy querido, con el cual se disgustó por el desprecio que mostraba hacia los artesanos y la clase media. Ella no podía tolerarlo. Pues Gabriela, que no se disgusta nunca por nada personal, es capaz de cortar la más íntima amistad por cuestión de ideas. Lean *El Hijo*, uno de sus poemas más bellos, y lo comprenderán . . .

Y comprenderán la pasión que siente por los niños, por los hijos de los otros, la que tuvo por su sobrino . . .

¿No están ahí, para probarlo, incluso las imágenes de sus *Sonetos de la muerte*, como aquélla:

*Te acostaré en la tierra soleada,  
con una dulcedumbre de madre para el hijo  
[dormido]*

¿Que su apasionamiento no se trasluce siempre en sus poemas? Pero si ella misma lo explica:

*. . . mi amor no se confía  
a este hablar de hombres, tan oscuro.  
Estoy lo mismo que estanque colmado  
y te parezco un surtidor inerte.  
Todo por mi callar atribulado,  
que es más atroz que el entrar en la muerte.*

\* \* \*

En México, Gabriela inauguró un nuevo género poético, al cual llamó: *Recado*. Fué con un *Recado* a la maestra rural Lolita Arriaga que este nuevo tipo de poesía, en lenguaje hablado, confidencial, íntimo, cálido, vino al mundo de las letras.

Para escribir un *Recado*, hay que tener una manera de hablar ya por sí poética . . . hay que ser Gabriela, en una palabra que pudo componer aquel que dice:

*Mi amigo me escribe:  
Nos nació un niño.*

Tiene escrito un *Recado de Chile*, verdadero poema de más de cien mil versos, que exigiría un libro para él solo y que algún día se publicará. Para escribirlo —como con cualquiera de sus otros poemas—, Gabriela se documentó, buscó datos reales y verdaderos sobre muchas cosas: los pájaros de su país, las costumbres de los animales, los nombres de los peces, hasta el sabor de los metales. Estuvo escribiendo a muchos amigos, durante meses, recabando los datos que no hallaba en los libros.

Y es extraordinario que con lo muchísimo que lee, Gabriela tenga todavía que consultar. Lee de todo, pero le encantan los libros sobre animales y plantas —¡el campo otra vez!— y el teatro en cambio, la novela, como género no le interesa mucho.

\* \* \*

Yo diría que la influencia es de los lugares donde estuvo, de las gentes a las cuales trató. En Francia, afinó su prosa, ya evolucionada antes en México. En España, adquirió la gracia de la lengua del romancero. En Italia, bueno, en Italia yo creo que todo influyó en ella.

Pero eso no le impide —al contrario, la estimula—, escribir en los cuadernos, abiertos en cualquier página en blanco y llenados de un tirón, sin descanso y sin correcciones. Es después, cuando termina lo que se proponía escribir, que empieza a pulir, corregir, cambiar. Y, en general —aunque ella no quiera creerlo—, la segunda versión es inferior a la primera.

Gabriela es escritora, claro está, porque escribir constituye su profesión, su manera normal de expresarse. Pero tiene tan pocas de las características corrientes en los intelectuales... No es vanidosa, discierne siempre el elogio sincero del halago. No es tampoco envidiosa, ayuda a quien cree que lo merece. Admite y provoca la crítica, en sus íntimos. Nunca rebaja a otros escritores... No hace vida de sociedad ni asiste a reuniones. En México, la última vez, se quedó en una hacienda de Jalapa, en *El Ensero*.

\* \* \*

Ya ve que no tiene ningún rasgo del escritor tal como solemos conocerlo. Y, además, conversando es muy divertida, no se hace la interesante, no habla de sus obras, ni formula teorías ni improvisa argumentos... Platica con el lenguaje rural de las mujeres del pueblo y le gusta poner apodos a sus amigos, para lo cual, tiene mucha gracia, sin ninguna acritud.

Y no estoy segura de que esta semblanza, tan rápida, tan incompleta, le agradase. Pero sí estoy cierta de que no la tomaría en cuenta... Porque así es ella".